

sonales, sino sólo de sucesos y éstos se registran en él concisamente. Es un documento histórico, no íntimo. Pero el simple acto de escribirlo revela al escritor: la elección de sucesos que describía, el estilo lacónico con que los presenta y la continuación de los temas, a menudo interrumpidos, nos indican mucho de lo que pudiera ser el retrato personal de un joven. Era cuidadoso, reservado y velaba por sus ambiciones y su futuro. El *Diario* está escrito como si esperara utilización posterior, y, sin embargo, nadie lo vio. Más tarde (en los años ochentas) preparó una autobiografía. El *Diario* es un documento de lo acaecido, de las cosas tal como eran. No es un espejo directo de Romero.

La brusca terminación del *Diario* el 28 de enero de 1865 resulta desconcertante. Romero se había sentado en su mesa de trabajo como solía hacerlo, dispuesto a escribir; pero nunca lo hizo en aquel papel. No puede probarse que la llegada de su madre y su hermana a Washington hayan sido la causa de aquella interrupción. Estuvo, en efecto, ocupado con ellas, pero ya antes de su presencia llevaba en la ciudad una activa vida social. Conocía a muchas damas en Washington y se complació en presentar a su madre y a su hermana con las señoras de los ministros o las hijas de sus amigos, etc. No es creíble que interrumpiera una labor, continuada durante diez años, por ese motivo. La última anotación del *Diario* es tan inesperada como lo fue su muerte, acaecida muchos años después. En los miles de cartas, recopilaciones y notas que hizo posteriormente no hace ninguna referencia al *Diario*. Tal vez dejó de escribirlo para no llamar la atención de su hermana y su madre hacia él, pues cuidaban tanto sus pertenencias como él mismo. Ni en su voluminosa correspondencia, ni en otras obras se menciona tal *Diario*. Lo conservó consigo como un secreto y así murió.

HARRY BERNSTEIN  
*Brooklyn College*

## A PROPÓSITO DE BIOGRAFÍAS

LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA mexicana de 1960, como no podía ser de otra manera, dadas las celebraciones que en él coincidieron, alcanzó un volumen notable en que todos los géneros están representados. Hay en la obra de ese año para todos los gustos y necesidades, pues va de la historia militar, erudita y de gran aparato técnico, a los tratados de interpretación ideológica; del estudio social y económico a la pequeña

biografía de tono cívico. Ahora bien, del género biográfico queremos ocuparnos, no solamente por la abundancia de lo que dentro de él se hizo o con toda oportunidad se reeditó, sino porque sus especiales características, que adelante recordaremos, pueden llevarnos a descubrir las inclinaciones de un sector especial de los lectores de nuestros días, y, por lo que hace a los autores, a conocer los arquetipos humanos —pues la biografía es esencialmente eso— que se consideran válidos en la sociedad mexicana contemporánea.

La biografía ha sido siempre el género favorito del lector no especialista que, interesado en la historia, desea, no obstante, que le sea expuesta sin exageradas complicaciones conceptuales o eruditas, y, además (ésta no es poca razón de su éxito) en un estilo literario. Busca el lector de biografías una imagen veraz y equilibrada de un personaje y una época; gusta de descubrir encarnados en aquél los problemas y los ideales del mundo en que se movió y lo valora en cuanto atento y fiel a las exigencias de su tiempo.

Pero también el lector lee y el biógrafo escribe condicionados ambos por su circunstancia, y, así, se les significan los hombres y los hechos del pasado en la medida en que expresan con más cercanía las necesidades y los ideales del presente. Por eso la Revolución, nuestra herencia más inmediata, ha sido el tema de superior interés en este tipo de producciones. Sus hombres han estado presentes con parecida intensidad en los homenajes cívicos y en las tareas intelectuales, por lo que, a las biografías ya clásicas (las de Martín Luis Guzmán o Nellie Campobello sobre Villa) se agregaron, desde una reedición de la de Porfirio Díaz por don Bernardo Reyes y numerosas sobre Zapata, Carranza y Obregón, hasta una rara y solitaria sobre Calles amparada por el signo editorial de Jus.

Sin embargo, de un solo libro vamos a ocuparnos, porque resume una serie de características positivas y negativas que lo hacen válido, a nuestro juicio, para ejemplificar algo de lo que todavía hoy se hace en México sobre la Revolución y los revolucionarios.

Alberto Morales Jiménez nos entrega de una vez 150 semblanzas biográficas con el título de *Hombres de la Revolución*.\* Sin prólogo, sin una nota o introducción aclaratoria, nos deja en la necesidad y en el derecho de interpretar su trabajo totalmente, desde el título hasta el criterio de selección y los juicios que hace sobre sus biografiados. El subtítulo

\* Alberto MORALES JIMÉNEZ: *Hombres de la Revolución. 50 semblanzas biográficas*, Instituto Nacional de la Revolución Mexicana. México, 1960.

parece hacer notar, con el término de semblanzas, que se trata de apuntes, de bocetos, más que de piezas acabadas en su género. La selección obedece a su vez a una imagen ampliada de la Revolución, en que, junto a los caudillos y los generales, empieza a considerarse necesaria la presencia de los legisladores y, más importante todavía, por razones que veremos, la de los ideólogos.

Se divide el libro en seis partes, que abarcan otros tantos tipos diferentes de revolucionarios: los "precursores", los "luchadores de la etapa maderista", los "ideólogos", los que lograron "el triunfo sobre la tiranía", los líderes de "la lucha social" y "los hombres de la Constitución".

Analicemos a continuación lo que podríamos considerar grandes lincaamientos del libro. Un primer problema, explícito unas veces, implícito siempre, es el de querer presentar vidas unitarias en las que cada personaje aparezca absolutamente exacto a las exigencias del autor, y no sólo en el caso de los caudillos populares en que tal exactitud le parece indispensable, sino en todos: recoger de ellas nada más "lo positivo, lo perdurable, lo valioso." "Que sean otras gentes, escribe, las que se encarguen de recopilar lo negativo. No seremos nosotros quienes realicemos esta triste tarea."

¡Qué imagen empobrecida de los héroes y de los pueblos! Dosificar un personaje, y a ello equivale querer hacerlo de una pieza, es la actitud menos histórica que puede tenerse; es falso el postulado de "fraccionar una vida para admirarla".

Esa noción maniquea y judicial de la historia es, con mucho, la más frecuente en los historiadores que en México se ocupan, sobre todo, de temas contemporáneos; hombres buenos buenos o malos malos, sin matices, son los únicos que parecen caber en obras que antes que explicarlos desean sentenciarlos. Si la vida, según admitió el autor, tiene "luces y sombras", ¿por qué no referir ambas cuando precisamente de vidas se trata? ¿O vamos a someter éstas al principio lógico de no contradicción? Hagamos entonces una historia de lo que nos hubiera gustado que fuera el pasado de México y no de lo que entendemos que fue. Lo anterior demerita y convierte en común el trabajo en su totalidad, signa a los personajes y a todo cuanto los rodea; así, por ejemplo, las madres de los biografiados casi siempre deben ser "virtuosas o santas", y todo acto por ellos realizado no puede expresarse sin un adjetivo altisonante y retórico.

Ahora bien, si se cala un poco más hondo en el contexto general de la obra comentada, se puede descubrir que lo anterior obedece a un problema más grave. Los personajes carecen de un fondo histórico común, se dice que son revo-

lucionarios, precursores, ideólogos; pero la realidad que les da tales perfiles no está ni siquiera bosquejada. El antiguo régimen, como puede verse cotidianamente, se reduce a vagas afirmaciones: la tiranía, la injusticia, la explotación, etc. En cuanto al movimiento creado por los hombres cuyos hechos se relatan, tampoco el autor nos da su concepto de la Revolución que, como idea reguladora, nos permita encuadrar. Vaya como ejemplo de todo lo anterior la semblanza dedicada a Antonio I. Villarreal.

De él se dice que fue "la permanente rebeldía contra todo lo injusto", luego debemos pensar que siempre sus acciones tendrían tal sentido. Así, no es extraño que muy joven coope-re ya con su periódico *El Liberal* a alimentar "el fuego que corre encarcelado" bajo la superficie de un México que vive "una tranquilidad falsa por todos conceptos". Pero su figura no es en modo alguno simple; al contrario, pocas tan complicadas y ricas vitalmente. Villarreal conoció lo mismo de la lucha ideológica que de la armada, de la acción ejecutiva y de las tareas diplomáticas; fue hombre de gobierno y pronto también de la oposición. Y ahí surgen las complicaciones para su biógrafo; recuérdese su ruptura con el magonismo que, siendo tan importante en su vida y verdadero hiato en un momento de la Revolución, no se menciona; acaso porque Villarreal representa lo justo, ¿tendría que pensarse en Ricardo Flores Magón como lo contrario?

Cuando más adelante se relata su actuación en la etapa ya constitucional de la Revolución, resulta cada vez menos clara, al menos políticamente, pues, repetimos, como Morales Jiménez no expone un concepto unitario del movimiento, hasta el lector más desprevenido y menos exigente tendrá que preguntarse ¿fue justa la afiliación de Villarreal a la oposición en 1923 y 1927? Y en 1929 ¿"él llamaba" —como dice el autor— imposicionismo a lo que sucedía o lo era? ¿Tales actitudes eran positivas o negativas para la Revolución? El autor nada explica, simplemente elude el problema transfiriendo la responsabilidad a su personaje. Primero lo abarcó y definió en un juicio total: "rebelde a toda injusticia"; ahora lo deja solo en un muy subjetivo: "él llamaba" imposición; pero eso no basta; o Villarreal no estaba en lo justo, o las premisas políticas de 1923, 1927 y 1929 eran distintas a las de 1910, o la Revolución necesitaba esas etapas para triunfar plenamente, o bien ahí hay algo en cuya explicación el autor no desea comprometerse.

También como consecuencia de lo que venimos señalando, el conjunto de trabajos se resiente de aguda individualización, incompatible con una época revolucionaria. Que las persona-

lidades sean vigorosas hasta parecer solitarias en periodos de paz social y altos vuelos espirituales, sea; pero en los de efervescencia colectiva. No queremos verlas diluidas, pero sí contrastadas y en *Hombres de la Revolución* poco o nada aparece el ambiente social.

El otro aspecto general de la obra que deseamos destacar y comentar por las razones de indagación de que al principio dimos cuenta, se refiere al problema de los ideólogos y de las ideologías en el momento de la Revolución. A través de todo su libro Alberto Morales Jiménez se muestra especialmente preocupado por el asunto y toma una actitud ahora sí clara, y es que los últimos años del movimiento cultural mexicano se han visto nutridos de preocupaciones semejantes, y mucho de lo mejor que se ha escrito en nuestro medio corresponde a esa especialidad histórica.

La razón estriba en que una ideología parece ser la expresión más acabada de una época por lo que de respuesta consciente y explícita tiene frente a una situación dada; y visto lo anterior en el ámbito mayor de la cultura occidental de nuestros días, se corresponde con la abertura que ésta sufre —a veces a pesar suyo—, para que en ella quepan las aportaciones de pueblos como el nuestro, frecuentemente marginados. De ahí cierta urgencia en exponer nuestras ideologías, pues se las considera el camino más seguro para insertarnos en lo universal conservando y teniendo presentes las notas específicas de nuestra individualidad histórica.

Así, no sorprende que desde las primeras páginas de su libro, Morales Jiménez se pronuncie sobre el tema de las ideas en la Revolución; considera necesario insistir siempre en él, pues hay una corriente de opinión que se empeña en negarles existencia, siendo que “el programa ideológico de la Revolución —dice— existía” y “fue trabajosamente elaborado por modestos y valiosos intelectuales”. “Cuando el año de 1910 surge como la aurora de un nuevo amanecer [*sic*], había ya una verdadera doctrina, con cuerpo de ideas y plataforma de principios”, por lo que es “un insensato” quien niega tales hechos, y su actitud sólo puede explicarse como resultado del extravío que provoca “el estudio apresurado de la historia de otros países muy lejanos de nuestro México.” Como, por otra parte, el autor no menciona a los que así piensan, vale la pena recordar a quienes se han ocupado especialmente del tema, aunque desde luego sólo a aquellos autores cuya obra sea de tal importancia que pudiera haber creado la corriente de opinión a que se alude.

Veremos en primer lugar a seis escritores que en distintas épocas y en trabajos de gran significación se han planteado

el problema y que serían: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Silva Herzog y Luis Cabrera.

A continuación examinaremos a dos investigadores que, por la mención frecuente que de ellos hace el propio autor, pueden considerarse entre sus fuentes más importantes: Jesús Romero Flores y Rafael Ramos Pedrueza. Agregaremos, por último, uno de nuestra elección por las razones siguientes: se le considera un historiador estrictamente hablando, utiliza con toda claridad un método de interpretación, y, de acuerdo con él, ha sido precursor en el estudio sistemático de la Revolución: Alfonso Teja Zabre.

Pedro Henríquez Ureña pensaba, en síntesis, que en el periodo prerrevolucionario existió en México una intelectualidad de salón oficial, con sus inspiraciones y preocupaciones en Europa y sin ninguna relación con la vida nacional; se entiende, en consecuencia, que de tales esferas de pensamiento no podía haber surgido influencia alguna que preparara la Revolución. Esta tesis, aun siendo negativa, no puede ser la que provoca los juicios de nuestro autor, pues él también hace un distingo entre los "pensadores opositores" y los "petulantes universitarios de aquella época, quienes como grupo, se opusieron a los propósitos populares". Alfonso Reyes sostiene que la Revolución "no fue planeada", que "brotó de un impulso más que de una idea", y que, por eso, "no es la aplicación de un cuadro de principios", "los programas previos queda[ron] ahogados en su torrente, y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus metas cada vez más precisas". "La inteligencia la acompaña, no la produce...". En parecidos términos se expresa Leopoldo Zea cuando afirma: "primero fue la realidad puesta a flote por la violencia revolucionaria, después vino su inspiración y reflexión. Casi a ciegas, tanteando y acariciando una realidad que se presentaba con toda su fuerza sin aviso alguno, nuestros políticos, pensadores y artistas fueron dibujando sus perfiles". Vicente Lombardo Toledano escribe, a su vez: "cierto que no tuvimos, por desgracia, un grupo de hombres superiores que prepararan debidamente la revolución. Es verdad que carecimos de exponentes de genio que hicieran patente la necesidad del cambio social"... , y que ... "nadie iluminó con bastante luz el camino que habrían de recorrer tumultuosamente... nuestros trabajadores atormentados e incultos"... "pero a falta de precursores de esta significación, tuvimos hombres que, concomitantemente al conflicto, señalaron en todos sus aspectos el error del régimen social imperante. Su palabra, la única, guió

a pesar de todo a quienes tuvieron la capacidad de comprenderla...". Jesús Silva Herzog dice también que "la ideología de la Revolución se fue tomando lentamente, durante el desdovolvimiento de la lucha, al calor de los combates y a raíz de diferentes acontecimientos políticos", y señala como digno de especial atención no haber "en los documentos mexicanos revolucionarios ninguna influencia de las doctrinas de mayor significación en la Europa de ese tiempo". Luis Cabrera, por último, al hacer su célebre balance de la Revolución admite que existieron los precursores a los que clasifica cuidadosamente, y señala como su mérito principal el que hayan visto "claramente que sus ideas no podrían convertirse en instituciones sino por medio de una revolución", que "necesariamente" y, a su vez, "influye y transforma esas ideas".

Visto lo anterior, no son los autores citados quienes provocan las reiteradas protestas y los ataques de Morales Jiménez. En ninguno se niega la ideología de la Revolución; todos parecen también de acuerdo en que no hay en este movimiento importaciones de pensamiento de "países lejanos" que quisieran aplicarse a México, y el problema que podrían plantear sus afirmaciones, hasta donde nosotros lo vemos, sólo sería el de prelación, simultaneidad o posterioridad de las ideas al movimiento, pero de ninguna manera el de exclusión.

Investiguemos ahora en aquellos escritores gratamente citados por el autor y que si bien, por esas razones, debemos suponer no son contrarios a su pensamiento, si pudieran plantear el problema en términos semejantes a como él lo hace. Jesús Romero Flores no se detiene específicamente en el problema, pero su trabajo es coherente dentro de una idea central: considera que la historia de México ha tenido como móvil "la lucha económica", consecuentemente, a través de sus conocidos *Anales* admite el enriquecimiento progresivo de la Revolución con las soluciones que al problema económico da cada etapa, cada ideario, cada plan. Rafael Ramos Pedrueza, quien escribió su *Historia de México* de acuerdo con los conceptos del materialismo histórico, por la propia naturaleza de su enfoque no niega las ideologías, sólo que las muestra en su doble aspecto de gestación dentro de una realidad y de enfrentamiento a ella; así, los problemas y las soluciones programáticas en su interacción constante son el meollo mismo de su trabajo. Alfonso Teja Zabre, por último, al estudiar sistemáticamente el proceso de las revoluciones, señala a las ideas un lugar preciso dentro de la que llama "etapa técnica", que va inmediatamente después de las etapas militar, política y económica; pero tiene buen cuidado de evitar que se conciba el esquema ni las ideas como algo rígi-

do, pues debe distinguirse en toda revolución "la ideología revolucionaria y el fondo real de las necesidades y los impulsos sociales", el estudio de una ideología es verla en su desarrollo, "creciendo y adaptándose a la realidad y a los requerimientos de las nuevas doctrinas".

Así, pues, si ninguno de los autores últimamente citados niega las ideas en la Revolución, ¿a quién endereza sus ataques Morales Jiménez? Es éste un enigma más de su libro. Pero no sólo señala la existencia de tales extravíos históricos, sino que los combate, y acremente, aunque no exhibe un argumento definido para terminar con la disputa.

Decir que Molina Enríquez es "el arquitecto ideológico de la Revolución Mexicana", es decir mucho y es decir nada, o si tal se afirma, debe demostrarse por qué. No basta afirmar que "el mestizo es el tipo perfecto de mexicano" y "el reparto agrario su ideal", porque ¿hay en este último caso un solo sistema?; ¿es el suyo un criterio siquiera semejante al de su contemporáneo Orozco, de quien se habla con igual vaguedad? ¿El de Molina Enríquez es el mismo criterio agrario que la revolución practica? Ideológicamente hablando, y vistas las doctrinas bajo cuya influencia se formó, ¿fue un liberal?, ¿fue un positivista?, o si fue un ecléctico, ¿qué doctrinas supo armonizar? Los ideólogos y las ideas se singularizan y cobran calidad de tales ante una situación precisa y frente a otras ideas. Nunca entenderemos ni haremos entender una idea si la vaciamos del momento histórico en que se genera y frente al cual es una reacción. Más adelante sube de tono la gravedad de las apreciaciones; se piensa en el autor de *Los grandes problemas nacionales* como "un destructor del pasado". ¡De ninguna manera!: en pocos hombres de México la conciencia de ese pasado es más aguda; él, que penetró los "secretos" de nuestra historia, no quiso destruirla sino asimilarla y superarla. Hay en su pensamiento menos "novedades" de las que muchos suelen ver; es el suyo un intento serio y profundo de vuelta a los orígenes de nuestros problemas para emprender la transformación de la sociedad mexicana con la aplicación de fórmulas históricamente válidas.

Al igual que con Molina Enríquez, se procede con Wistano Luis Orozco y Luis Cabrera: ambos son "geniales", "preclaros" "cerebros privilegiados"; pero, para demostrarlo, no se hace mayor esfuerzo que transcribir siquiera un párrafo o recordar una frase, que de ninguna manera puede por sí sola avalar tales adjetivos; así, más que doctrinas metódica y profundamente pensadas, parecen las de esos hombres ocurrencias afortunadas en que se contienen de una vez y para siempre las soluciones a todos los problemas de México.

Pero en la polémica que Morales Jiménez sostiene contra los negadores de la ideología de la Revolución Mexicana, tendrá pocas probabilidades de éxito dados los argumentos de curiosa lógica que emplea: "¡Mentira —dice— que la Revolución haya carecido de intelectuales! Idea falsa... Negar que la Revolución careció de intelectuales —periodistas, escritores, poetas, tribunos, etc.— es negar que hubo hombres, y negar que hubo hombres es tanto como negar a Francisco I. Madero, a los Flores Magón, a Paulino Martínez, a Filomeno Mata y a toda la pléyade gloriosa de revolucionarios de los últimos días del siglo pasado y primeros del que corre."

Dirigida al gran público, la obra resulta negativa, porque plantea problemas sin ningún rigor y apunta soluciones que no lo son; pensada para especialistas o personas de mediano conocimiento sobre la Revolución, no les prestará ninguna utilidad. El autor, cuyas preocupaciones, como creemos haber demostrado, corresponden a una inquietud válida en nuestro tiempo, estaba por esa conciencia obligado a entregar una obra valiosa; el estado actual de los estudios históricos en México no permite ya hacer historia como se escriben artículos de periódicos con valor ocasional, menos aún si se ampara una obra bajo el signo de un Instituto Nacional que cuenta en su haber bibliográfico con obras de aliento interpretativo o esfuerzo sistemático.

EDUARDO BLANQUEL  
*El Colegio de México*

## WOODROW WILSON Y LA AMÉRICA LATINA

EL PROFESOR Arthur S. Link ha publicado un libro\* sobre el apasionante tema de las relaciones diplomáticas de su país con los latinoamericanos durante la época del Presidente Wilson. Link no podía dejar pasar por alto el interesante aspecto de la vida de Wilson en el que éste se vincula a la política exterior de su país con los demás países del Continente americano. Este libro se refiere a esa faceta de la política exterior de los Estados Unidos, la más importante en aquel momento, pues, como dice el autor, "Teórica y prácticamente, Europa y el Lejano Oriente eran de interés periférico para el pueblo de los Estados Unidos, durante los años anteriores a la pri-

\* ARTHUR S. LINK: *La política de los Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1960; 287 pp.